

estudios históricos, se colige del hecho de haber, todavía en 1470, hecho transcribir ciertas crónicas para su uso (1).

Al número de los hombres de ciencia, adornados por Paulo II con la dignidad episcopal, pertenece también Juan Andrés de Bussi de Vigevano, el cual había estado unido en estrecha amistad con el cardenal de Cusa, y era varón que alcanzó inmortales merecimientos por lo que trabajó por la difusión del arte de imprimir en Italia. Cuán vivo interés tomara el Papa en la introducción del nuevo invento, de aquel «arte divino», lo demostró la benevolencia con que recibió las numerosas dedicatorias del mencionado Bussi. «Tu pontificado, se dice en ellas, ya sin esto gloriosísimo, nunca vendrá á caer en olvido, por haber este arte penetrado hasta las gradas de tu trono» (2).

No se puede determinar con certidumbre, quién fué el primero que llamó á Italia á los impresores alemanes *Conrado Schwein-*

(1) Müntz, Bibl. 133, 134. Cf. Canensius 97-98. V. también Garampi, Ap. 124.

(2) Quirini 135. Cf. Müntz, Bibl. loc. cit., el cual sostiene con Papencord 515 y Falkenstein 209, que Paulo II protegió la nueva invención. La prueba de que las dedicatorias de Bussi eran apreciadas por el Papa, fué la concesión del obispado de Aleria al citado sabio, acaecida en 1469. (Sobre este personaje véase á Mazzuchelli I, 2, 701 s. Tiraboschi VI, 1, 141 ss., Rosmini [Vitt. da Feltré 263-267, Riv. stor. I, 252 s.], Janitschek, Albertis kleinere Schriften, Wien 1877, 245 s. Nolhac, Bibl. de F. Orsini 228 ss, Motta, P. Castaldi... ed il vesc. d'Aleria, Torino 1884, Riv. stor. ital. I, y Lesca, Giovannantonio Campano, Pontedera 1892); por lo demás una dedicatoria al Papa supone siempre la previa aceptación de éste. Maravillase uno mucho, que en la obra del Sr. v. d. Linde se halle la afirmación de que «Paulo II no era nada amigo del sobredicho invento; de que Bussi proveía sus ediciones de dedicatorias al Papa, para persuadirle la utilidad de la tipografía, para lo cual se cita después como prueba lo que cuenta Tiraboschi del proceder del Papa contra los académicos paganos. Cuán poco se pueda aducir esto en prueba de la aversión de Paulo II á la imprenta, lo muestra la circunstancia de que Bussi, en una de sus dedicatorias (Quirini 134) menciona directamente el abatimiento de aquella sociedad inquieta como provechoso á sus esfuerzos. De otros numerosos pasajes de las dedicatorias de Bussi (Quirini 111, 152, 194, 196, 233) no sólo no se deduce un comportamiento hostil de Paulo II respecto de la imprenta, sino que demuestra directamente lo contrario. Falk, Die Druckkunst etc., con la ayuda de materiales sumamente extensos y en parte casi nada utilizados, ha trazado una viva imagen del favor que de muchas maneras y acompañado siempre del mejor éxito, prestó la Iglesia al invento de Gutenberg en todas las naciones de Europa en sus diez primeros años. Desde entonces esta opinión se ha abierto paso aun entre los protestantes frente á los prejuicios de anteriores tiempos; cf. v. gr. Hase, Die Koberger<sup>2</sup>, Leipzig 1885. Sobre la revisión de Tolomeo que Donnus Nicolaus Germanus dedicó al Papa Paulo II v. las profundas investigaciones de Fischer, Die Entdeckungen der Normannen in Amerika, Freiburg 1902, 75 ss.

*heim*, á lo que parece de Schwanheim, frente á Höchst junto al Maine (1), y *Arnaldo Pannartz*, de la archidiócesis de Colonia (2). Cusa se interesó vivamente por el trascendental invento, y era su ardiente deseo ver introducido en Roma aquel «sagrado arte» (3). Parecido interés por la nueva invención hubo de abrigar el cardenal Torquemada, que tenía en encomienda la abadía de Subiaco; y es muy verosímil, aunque no enteramente cierto, haber sido él quien llamó á los impresores alemanes (4). Por lo menos es indudable que Subiaco, cuna de la Orden Benedictina, que tan grandes méritos puede alegar en el fomento de las ciencias, ofreció un lugar de refugio á los primeros impresores alemanes, alcanzando con esto «gloria imperecedera» (5). Este monasterio, tan importante para la historia de la cultura de Occidente, tenía frecuentes relaciones con Alemania, en particular desde que el excelente abad Bartolomé III, preocupado por el mejoramiento del espíritu monástico (1362 ss.) había hecho venir del otro lado de los Alpes muchos monjes alemanes, no menos distinguidos por su erudición que por la severidad de la disciplina (6); y también, hacia mediados del siglo xv, había un gran número de benedictinos alemanes en Santa Escolástica. Así se explica por qué razón, el nuevo arte inventado en Alemania, halló aquí su primer asilo en el territorio Italiano.

Schweinheim y Pannartz imprimieron en la soledad de Subiaco, primero la Gramática latina de Donato, muy usada en la Edad Media; luego el libro de Cicerón De Oratore y las Instituciones

(1) Cf. Zedler, Die Heimat Konrad Schweynheims, en Mitteil. d. Ver. f. nassauische Altertumskunde 1901/1902, n.º 3, publica un documento de 1461, del cual se infiere, que en ese tiempo había en Eltville una familia con el nombre Schveynheim, que traía su origen de Schwanheim. Según eso, no sería imposible que el impresor C. Schweinheim estuviese relacionado con dicha familia.

(2) Cf. Schlecht en la Festschrift des Campo Santo 210.

(3) Esto lo testifica expresamente Bussi; v. Quirini, De optimor. scriptor. editionibus quae Roma prodierunt, Lindaugiae 1761, 110; Marzi 509.

(4) Frommann (Zur Gesch. d. Buchh. II, 5) lo admite como seguro, sin traer prueba alguna. Torquemada era el protector del impresor V. Hahn, de cuya presencia en Subiaco nada cierto se sabe. Es también posible, que Torquemada en Subiaco conoció por primera vez el nuevo invento.

(5) Gregorovius VII<sup>3</sup>, 515.

(6) Cronaca Subl. 394, 396-397. Cf. Schmidlin en Histor. Jahrb. XXIV, 20. Pius II, Comment. 168, describe la vida edificante de los monjes en la soledad. Del fomento de los estudios clásicos en el monasterio de Subiaco da allí testimonio el Cod. 211: Juvenal, escrito en 1454 por Ptr. Paul. Dominici de Subiaco.

de Lactancio contra los gentiles. La impresión de este último libro quedó terminada á 29 de Octubre de 1465. Dos años después salió también de la imprenta del monasterio de Subiaco, una edición de la Ciudad de Dios, de San Agustín (1). De esta suerte, el Estado de la Iglesia puede vindicar la gloria de haber sacado á luz los primeros libros que se imprimieron fuera de Alemania.

Ya en el otoño de 1467 se trasladaron Schweinheim y Pannartz á la Ciudad eterna (2), donde establecieron una imprenta en los edificios posteriores del palacio de Pedro da Massini (3), que

(1) Junto con la obra ya citada de Quirini cf. Laire, Specimen hist. typogr. Rom., Romae 1778; Audiffredi, Cat. rom. ed. saec. XV., Romae 1781; Ottino en la revista L'Arte della stampa 1870-1871; Fumagalli, Dei primi libri a stampa in Italia etc., Lugano 1875; Marzi 508 s. De Donato no ha quedado más que un ejemplar; de la primera edición de Lactancio existe un ejemplar en Subiaco (según Blume II, 241 antes de la revolución francesa había aún allí otro ejemplar); cf. la descripción de este libro en Gori II, 325. El ejemplar de Lactancio de la Bibl. Casanatense, que representaba un valor de 15000 francos, desapareció en 1885 sin dejar rastro de sí; con todo más tarde se ha vuelto á hallar. Un ejemplar del Cicero de oratore impreso en Subiaco está en el Museo Británico.—La opinión de Berlan (La invenzione della stampa a tipo mobile rivendicata all'Italia, Firenze 1882), de que la prioridad del empleo de los tipos movibles pertenece á Italia, ha sido rechazada en pocas palabras en Jahresberichten der Geschichtswissenschaft VI, 2, 268.

(2) Cuando llegaron á Subiaco los impresores alemanes, no se puede decir exactamente (Fromman II, 5 cree que ya á principios de 1464, é igualmente Villari I, 130, con el cual no concuerda Ph. de Lignamine 1311); por el contrario yo puedo indicar determinadamente el mes de Septiembre de 1467 como tiempo de la traslación de los mismos á Roma. Gasp. Veron. (Paulus II, 1046) á la narración de la vuelta de Carvajal de su legación en Venecia junta la nota siguiente: «*Hac tempestate ad sanct. Romam quidam iuvenes accesserunt et ii quidem Teutonici qui Lactantium Firmianum de hominis opificio, de Dei ira necnon contra gentiles mense uno formaverunt et ducentos huiusmodi libros quoque mense efficiebant*». Ahora bien, la vuelta de Carvajal se efectuó el 17 de Septiembre de 1467 según las \*Acta consist. f. 35<sup>b</sup>. *Archivo secreto pontificio*. Ph. de Lignamine, loc. cit., refiere la llegada de Schweinheim, Pannartz y Hahn á Roma en el mes de Junio de 1465, pero sin duda se trata de su primera ida allá, desde donde se encaminaron luego á Subiaco. Marzi 509 s. no ha reparado en esta advertencia; y por consiguiente todavía sostiene, que los impresores llegaron á Subiaco á principios de 1464. Pero con esto no concuerda el testimonio de Bussi, según el cual Cusa, que no murió hasta Agosto de 1464, peroptabat ut haec sancta ars Romam deduceretur. A lo cual se añade el testimonio de Ph. de Lignamine. Con mi demostración de que los impresores se trasladaron á Roma por Septiembre de 1467, concuerda una noticia manuscrita que hay en el Augustinus que se conserva en París, que dice así: *Hunc librum emit Leonardus Dathus ab ipsis theutonicis Romae commorantibus Aº 1467 mense novembris*. Bernard, De l'origine de l'imprimerie, Paris 1853, II, 154.

(3) En 1877 se colocó una inscripción conmemorativa en la Piazza de' Mas-

daban á la Piazza de' Massimi. De esta imprenta salieron en aquel mismo año las Cartas de Cicerón á sus amigos (1); después siguieron, en el decurso de pocos años, una segunda edición de Lactancio y de la Ciudad de Dios de San Agustín, el «Speculum» de Rodrigo de Arévalo, las Cartas de San Jerónimo y San León M., la Catena de Santo Tomás, una bula de Paulo II, la Sagrada Escritura, los escritos de San Cipriano; y entre los clásicos, Cicerón, Apuleyo, Aulo Gelio, Virgilio, Livio, Estrabón, Plinio, Quintiliano, Suetonio, Ovidio y otros. Cada una de estas ediciones constaba generalmente de 300 ejemplares. Los tipos romanos no eran tan bellos como los empleados en Subiaco; y unos y otros hacían al gusto italiano la concesión de substituir la forma gótica de las letras usuales en Alemania, por la hermosa y redonda forma romana, que ya los humanistas habían empleado en los manuscritos (2). Según Juan Filippo de Lignamine, fué á Roma en 1467, con Schweinheim y Pannartz, otro tercer impresor alemán: *Ulrico Hahn* (Gallus) de Ingolstadt, el cual publicó en el mismo año la impresión de las «Consideraciones» del cardenal Torquemada sobre las imágenes pintadas por encargo suyo en el claustro del monasterio de Santa María sopra Minerva, de 34 páginas en folio con 33 grabados en madera; éstos se emplearon allí, por primera vez en Italia, para ilustrar un libro impreso. Hahn imprimió después principalmente autores clásicos, para dedicarse más tarde á las obras teológicas, canónicas y litúrgicas necesarias en la práctica (3). Este, como otros impresores alemanes, verbigracia *Esteban Plank*, vivieron en íntima relación con el Hospicio nacional alemán de l'Anima, y conservaron asimismo, en el extranjero y en medio del tumulto de la metrópoli romana, sus buenos usos alemanes (4). El número de los tudescos que ejercitaban en Roma el arte de Gutenberg en el siglo xv, fué extraordinariamente grande (5); y atendido el vivo

simi. La familia Massimi conservaba todavía hace poco algunos instrumentos, que debieron de haber pertenecido á los primeros impresores de Roma. Marzi 513.

(1) Hain 5162.

(2) Marzi 510-513. El ejemplar de Livio impreso en Roma en 1469 (en vitela), que pertenecía al cardenal R. Borja, se halla ahora en el *Museo Británico*.

(3) Cf. Linde III, 715; Falkenstein 211; Schmarsow, 57 s; Marzi 515-516; Schlecht en el escrito publicado en la festividad del Campo Santo 207.

(4) Nagl-Lang 131-132.

(5) Marzi 518-528.

interés que tomó en el nuevo arte el clero alemán, no debe sorprender que algunos de estos impresores fueran clérigos, lo cual se encuentra también en el establecimiento de Schweinheim y Pannartz (1). Su oficina alcanzó con el tiempo tal fama, que se extendió hasta Alemania (2), y también el corrector de esta imprenta fué un eclesiástico de clásica formación: el incansablemente activo Bussi. Casi todas las impresiones mencionadas fueron adornadas por él con elocuentes dedicatorias al Papa, y provistas de más ó menos prolijos disticos. En éstos puso una vez la siguiente sentencia, acerca de los nombres de sus tipógrafos, que tenían un sonido bárbaro para los italianos oídos. «Por ventura te harán sonreír los ásperos nombres de los alemanes, pero su inarmónico sonido lo compensan con la excelencia de su arte» (3).

Un substancial fomento hallaron los esfuerzos del mencionado obispo, en la benévola actitud del Papa hacia el nuevo arte, y en la extraordinaria liberalidad con que Paulo II puso á disposición de Bussi los preciosos manuscritos de la Biblioteca Vaticana (4).

En la imprenta de Hahn tuvo asimismo el importante cargo de corrector (con lo cual comenzó la crítica científica de los textos), un obispo, Juan Antonio Campano; prueba de cuán estimado era entonces en Roma el oficio tipográfico (5).

En el Sacro Colegio, después de la muerte de Torquemada, fué principalmente Caraffa, fervoroso favorecedor del arte de imprimir; pero no constituyó una singularidad entre sus colegas. «Ninguno, se gloriaba Bussi ya en 1469; ninguno de los cardenales del Sacro Colegio hemos hallado hasta ahora, que no dispense alguna benevolencia ó favor á nuestros esfuerzos; de suerte que, cuanto más brilla en ellos el esplendor de la dignidad, tanto resplandece más asimismo el amor á las ciencias. ¡Ojalá pudiéramos

(1) Schlecht en Festschrift del Campo Santo 210 ha sido el primero que lo ha demostrado. Cf. también Janssen-Pastor I<sup>47-48</sup>, 17; Frommann 9; Falk 18; Linde I, 172; III, 715.

(2) Cf. Joachimsohn, H. Schedels Briefwechsel, Tübingen 1890, 193.

(3) Reumont III 1, 347-510. La mayor parte de los prólogos de Bussi han sido publicados por Quirini loc. cit. Cf. Bothfield Prefaces to the first editions of the Greek and Roman Classics, London 1861.

(4) Quirini 188.

(5) Falkenstein 211. Falk 18. Gregorovius VIII<sup>3</sup> 517, Cf. también Monum. Germaniae typographica. I, Leipzig 1892, y Marzi 516 s.

decir otro tanto de todos los demás estados!» (1) También en el tiempo siguiente continuó el clero romano en íntima relación con el «sacro arte» que—como se dice en la dedicatoria á Paulo II de las Cartas de San Jerónimo—fuera de otros beneficios de Dios, se ha concedido al orbe cristiano, precisamente bajo vuestro pontificado, como un don presagio de felicidades, en términos que ahora, aun las personas muy pobres pueden, con poco dinero, procurarse una colección de libros (2).

Cuán lejos estuviera Paulo II de poder ser acusado de sistemática hostilidad contra la Antigüedad clásica, lo manifiestan asimismo los libros de cuentas de su reinado, que hasta ahora no habían sido objeto de estudio; de los cuales se saca como resultado, que este Papa, á quien se había tratado de bárbaro, veló por la conservación de los monumentos antiguos con solicitud todavía mayor que Pío II, tan distinguido por su formación clásica. Por mandato suyo fueron restaurados los arcos de triunfo de Tito y de Septimio Severo, los Colosos de Monte Cavallo, la estatua ecuestre de Marco Aurelio; y muchos monumentos olvidados y casi perdidos de la Antigüedad fueron trasladados al palacio de San Marcos (3).

Aquí se manifestó la grandeza de Paulo II como coleccionador y amigo de las artes. La colección de antigüedades y objetos artísticos que, ya siendo cardenal (4), había dispuesto en este palacio, contenía los tesoros más importantes de este género desde la caída del Imperio romano. La Antigüedad estaba representada allí por sus más raras y preciosas producciones: los camafeos y piedras talladas, las medallas y los bronceos, se hallaban en número muy considerable. Bizancio había tributado numerosos cuadros sobre fondo de oro, altarcitos domésticos con imágenes de mosaico; relicarios, entre ellos un crucifijo adornado con perlas, oro y piedras preciosas, que contenía un *lignum crucis*; objetos de marfil labrado, y magníficos ornamentos con los más finos bordados. A estas obras doblemente preciosas por su antigüedad ó por

(1) Quirini 202. Marzi 518.

(2) Quirini 135. Falk 19-20. Linde III, 705.

(3) Müntz II, 4, 92-95.

(4) Cae también en este tiempo la fundación de un altar en S. Pedro, cuyo relieve de la crucifixión (trabajo de la escuela de Mino da Fiésole) se halla ahora en S. Balbina. V. Gnoli en Arch. stor. dell' Arte III, 186; Steinmann, Sixtina 37 y Rom 23-24.